

YAHVÉH. «SEÑOR»

Hugo McCord



El único nombre propiamente dicho de Dios es Yahvéh. Este es el nombre que se le reveló a Moisés en el monte Sinaí, cuando Dios lo llamó para sacar a los hijos de Israel de la esclavitud en Egipto. Esto fue lo que el Señor dijo a Moisés: «[...] Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos» (Éxodo 3.15).

El nombre «Yahvéh» es una forma como se intenta traducir las cuatro letras hebreas «YHVH». Estas letras fueron introducidas en las traducciones inglesas de diferentes maneras.¹ La King James, la Revised Standard y la New American Standard Bible (edición revisada) usan la palabra «SEÑOR» (toda con letras mayúsculas), mientras que la American Standard usa la palabra «Jehová».² La mayoría de los eruditos bíblicos creen que la traducción correcta es «Yahvéh». Esta representación del nombre personal de Dios (Éxodo 3.15) ocurre más que ninguna otra designación de la Deidad, pues aparece cerca de 6.823 veces en el Antiguo Testamento. Hay varias palabras más que, cuando se usan unidas a «Yahvéh», le añaden significado a este nombre.

YAHVÉH 'ELOHIM: «SEÑOR DIOS»

Primer uso bíblico de «Yahvéh»

La primera aparición de la palabra «Yahvéh» en una descripción de la Deidad, ocurre junto con la palabra *'Elohim*, que ya analizamos en la lección anterior. Esto es lo que leemos en Génesis 2.4: «Este es el relato de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que el “SEÑOR Dios” [*Yahvéh 'Elohim*] hizo la tierra y los cielos».³

Moisés usa la palabra «Dios» treinta y cuatro veces entre Génesis 1.1 y Génesis 2.3. Luego introduce el nombre «Yahvéh» y lo usa diecinueve veces entre Génesis 2.4 y Génesis 3.24, unido a la palabra «Dios». Algunos han conjeturado que lo

repentino y radical del cambio, de «Dios» a «Señor Dios», es indicio de dos autores. Tal explicación violenta la unidad e integridad del libro de Génesis, y demuestra poco respeto por la afirmación de Jesús en el sentido de que Moisés fue el autor del Pentateuco (Juan 5.46–47). Es más reverente suponer que Dios tuvo un propósito al hacer que Sus nombres se escribieran de la manera como se presentan.

Aunque el propósito divino no se precisa, el primer uso del nombre personal de Dios, «Yahvéh», ocurre en un contexto de una relación muy personal entre Dios y el hombre, entre Yahvéh y Adán. En Génesis 2 se narra que Yahvéh sopló en la nariz de Adán, plantó un huerto, se paseó por este huerto, hizo a Eva y tuvo conversaciones con Adán y Eva. Parece razonable decir que la Biblia, al ser un libro tan concienzudamente escrito, usara las descripciones más apropiadas de la Deidad en los lugares donde precisamente debía usarlas.

Revelación del significado de «Yahvéh»

Por alguna razón Dios esperó cientos de años después de los tiempos de Adán, para revelar completamente el significado del nombre «Yahvéh». Aunque los antiguos lo usaron frecuentemente,⁴ el significado de este nombre no fue revelado completamente por el Señor, sino hasta que habló a Moisés en una llama de fuego en el monte Horeb. Cuando Moisés recibió el encargo de salir de Arabia y sacar a los israelitas de Egipto, le dijo al Señor que los israelitas iban a preguntar por el nombre de Dios. A lo cual Dios, no sólo precisó el nombre «Yahvéh» (Éxodo 3.15), sino que también explicó su significado como «el que existe por sí mismo», diciendo: «YO SOY EL QUE SOY» (Éxodo 3.14), o «Yo existo porque yo existo».

Ni siquiera a los patriarcas, que estaban tan cercanos a Dios, se les dio el privilegio de tal definición del nombre de Dios. Estaban bastante

familiarizados con la frase *'El Shaddai*, «Dios Todopoderoso»; sin embargo, dijo Dios: «[...] por [el significado de] mi nombre, Señor [Yahvéh], no me di a conocer a ellos» (Éxodo 6.3). En esta ocasión, no obstante, para conceder lo solicitado por Moisés y así dar fe a los israelitas, Dios reveló completamente por primera vez el significado de Su nombre.

Aunque la definición del nombre «Yahvéh» fue dada claramente a Moisés y a Israel, ella pertenecía —y todavía pertenece— a lo profundo de Dios. Ningún ser humano puede entender la esencia de un Ser que no tuvo quien lo engendrara. Ningún ser humano puede explicar cómo un Ser pudo existir sin tener comienzo, cómo Alguien pudo ser Su propia causa para ser. Todo lo demás debe tener una causa, y en última instancia la causa de todo es Dios; pero para Dios no hay causa. Él es la Causa que no tiene causa.

Cuando un niño le pregunta a su padre cómo llegó a ser Dios, él está haciendo una pregunta que su padre no puede contestar. Cuando su padre le responde: «Sólo porque Él es Dios» ya ha dicho todo lo que puede, todo lo que Dios dijo a Moisés. Una paráfrasis podría ser: «Yo tengo existencia porque tengo existencia; yo existo porque yo soy el que soy». La esencia misma de la Deidad es existencia por sí misma. Esto no se puede explicar; debe aceptarse por fe. El que se acerca a Dios debe creer que le hay (Hebreos 11.6), pero no puede saber por qué o cómo existe.

Los israelitas no podían saber cómo llegó a existir Dios, pero oyeron a Moisés, vieron sus obras milagrosas y creyeron que Dios existe porque Él existe. Entonces ellos se inclinaron y adoraron (Éxodo 4.31). De un modo parecido, nosotros tampoco podemos saber cómo llegó a ser Dios; pero si apreciamos la gracia de la vida, reconoceremos, agradeceremos, adoraremos y serviremos a Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos, y de quien todas las bendiciones proceden.

Jesús es Yahvéh

Es emocionante la idea de que Jesús de Nazaret fue más que un ser humano. Aunque físicamente él fue un hombre mortal de ascendencia judía, Él —a diferencia de todo ser humano— existía antes de nacer en Belén. Antes que Abram viviera, casi dos mil años antes del nacimiento en Belén, Jesús existía como el *Logos*, el Verbo, que era Dios (Juan 1.1–3). Él pudo aplicarse a sí mismo, al dirigirse a los judíos en Jerusalén, las mismas palabras que Dios usó para darse a conocer a Moisés: «Yo soy» (Juan 8.58).

Mucho antes de los tiempos de Abraham, a Jesús se le describió como Aquel cuyas «salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5.2). Se entiende, por lo tanto, la enseñanza bíblica en el sentido de que Yahvéh (Isaías 40.3) vendría al mundo. ¡He aquí, era Jesús! (Vea Mateo 3.3.) Jesucristo, por lo tanto, es de la misma esencia que Su Padre. No es menos Dios, ni menos Yahvéh, el que existe por sí mismo. ¡Bienaventurado aquel cuyo ayudador es Él, cuya esperanza es Yahvéh! (Vea Salmos 146.5.)

'ADONAI YAHVÉH: «SEÑOR DIOS»

El primer versículo en que se describe a la Deidad como «Señor» o «Amo» es Génesis 15.2, donde Abram se dirige a Dios como *'Adonai Yahvéh*, que significa «Señor Dios».

Ya se indicó que la forma plural *'Elohim* se usa para reflejar honor y autoridad, no una multiplicidad de dioses. De un modo parecido, Abram usó en Génesis 15 la forma plural de la palabra «Señor» al reflejar la dignidad, majestad y respeto debidos a quien es Señor y Amo de todo. El uso que hace Abram del pronombre posesivo «mi» en el hebreo, indica que él estaba haciendo confesión de su completa sumisión a Yahvéh como su Señor y Amo.

En este contexto, cuando Dios prometía que iba a ser galardonador de Abram, este comenzó a darse cuenta de que el Señor Yahvéh tenía el mando absoluto. Abram preguntó cómo galardonaría Dios a un hombre sin hijos de ochenta y cinco años y a una mujer estéril de setenta y cinco años de edad. Es un momento culminante de la vida de Abram y de la historia bíblica el que se marca, cuando Abram tuvo fe, en una caminata nocturna, para aceptar la palabra de Dios en el sentido de que Él galardonaría a Abram con descendientes tan numerosos como las estrellas.

El Señor Yahvéh en quien Abram creyó tan firmemente es el mismo Señor Yahvéh en quien todos los hijos espirituales de Abram creen hoy día. Él es «el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Romanos 4.24–25).

YAHVÉH YIR'EH:

«EL SEÑOR PROVEERÁ»

Más adelante, Abraham usó otro nombre para la Deidad en Génesis 22.14: *Yahvéh Yir'eh*, «EL SEÑOR Proveerá». Abraham confiaba en Dios que Él proveería lo que se necesitaba.

Como hombre de fe que era, Abraham le dijo

a Isaac que Dios proveería el cordero para un holocausto (Génesis 22.8). En ese momento, Abraham pensaba que el cordero sería el mismo Isaac. No sabía que Dios proveería un carnero para salvar a Isaac. Debió de haber sido un gozo indescriptible el que Abraham sintió en su corazón, cuando vio lo que Dios proveyó —cuando experimentó la providencia de Dios. Se entiende, pues, el hecho de que Abraham le llamara *Yahvéh Yir'eh*, «El Señor proveerá», al inolvidable sitio en la cima del monte. Cientos de años después, los descendientes de Abraham se regocijaron en la providencia de Dios que se mostró a su gran antepasado. Aparentemente, acuñaron un proverbio: «En el monte de Yahvéh se proveerá». Este memorable suceso de la vida de Abraham no sólo reforzó su fe en la providencia de Dios, sino que también ha fortalecido desde entonces la confianza de muchos más.

Providencia general

Que el Señor provee en general para todas Sus criaturas, dándoles lluvias del cielo y llenando de sustento y de alegría los corazones de ellos, es muy conocido (Hechos 14.17). Es Dios quien provee para las aves y quien viste los lirios con hermosura (Mateo 6.25–32). El que es benigno para con los ingratos y malos (Lucas 6.35) hace que salga el sol sobre cristianos y no cristianos por igual. Envía lluvias sobre la granja de un pecador como también sobre la de un santo (Mateo 5.45). En esta providencia general, Él es el Salvador de todos los hombres (1^{era} Timoteo 4.10).

Providencia especial

No solamente es *Yahvéh Yir'eh* el Salvador de todos los hombres, sino «mayormente de los que creen» (1^{era} Timoteo 4.10). Dios prevé las necesidades de los que se dedican a la justicia y para ellos provee de un modo especial.

Puesto que Dios está representado como nuestro Padre en la Biblia, Su providencia especial debe ser entendida. No hay padre digno de llamarse así que provea para sus hijos solamente de un modo general, como el padre que les deja a sus hijos una cuenta bancaria y luego desaparece. Los buenos padres terrenales, no son tan buenos como el Padre celestial, pero aun ellos se deleitan dándole atención personal a cada uno de sus hijos.

A veces se provee prosperidad. La providencia especial para los cristianos viene a veces en la forma de salarios más altos. El Señor no quita el bien a los que andan en integridad (Salmos 84.11). Si los cristianos pueden recibir justamente la prosperidad, usándola para la gloria de Dios,

Yahvéh Yir'eh, es poderoso para hacer que abunde en ellos toda gracia (2^a Corintios 9.8). «Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia» (2^a Corintios 9.10).

A veces se provee adversidad. La providencia especial de Dios puede significar también adversidad. El que conoce las necesidades de todos los hombres, a veces, en Su sabiduría y amor, priva a Sus santos de cosas que no son para su bien. David jamás vio a un justo mendigando (Salmos 37.25–26), pero Jesús sí (Lucas 16.19–31). A veces las mejores personas necesitan castigo (Hebreos 12.2–6, 11). Bienaventurado el que acepta el castigo como una ayuda de Aquel que ama sólo como nuestro Padre puede amar. Como hijo que tenía confianza ilimitada en el cuidado del Padre, Pablo aceptó con gracia considerando que era un bien para él cualquier cosa que Dios proveyera:

No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad (Filipenses 4.11–12).

Un hombre con energía y deseos de predicar como los de Pablo, debió de haberse sentido dolorosamente restringido durante los dos años que pasó encarcelado en cadenas. No obstante, el que escribió que todas las cosas les ayudan a bien a los que aman al Señor (Romanos 8.28) vivió para ver algo bueno que resultó de sus prisiones.

Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás. Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor (Filipenses 1.12–14).

Cuando la compañera de uno padece una terrible enfermedad, o cuando alguna otra tragedia golpea a una familia, se necesita una gran fe para creer que algo bueno saldrá de ello. A pesar de las tribulaciones padecidas, Pablo creía que Dios puede hacer que resulte el bien de cualquier situación. Vivió lo suficiente para verlo convertirse en una realidad en su propia vida. Algunos no vivirán hasta entonces, pero pueden morir con la fe de que ¡todas las cosas les ayudan a bien a los que verdaderamente aman a Jesús!

A veces las tentaciones son eliminadas. La provi-

dencia especial que cubre a los cristianos también incluye el mantener al diablo a distancia segura para ellos. Nuestro siempre vigilante Dios, que puede dar atención en particular a cada persona, es alguien de quien se puede depender: Él no permitirá que un cristiano sea tentado más allá de su capacidad para resistir, y se cerciora de que una salida esté siempre abierta (1^{era} Corintios 10.13). Él no obliga a los cristianos a resistir ni a escapar; estas son acciones que cada discípulo debe tomar (Santiago 4.7); pero Él se cerciora de que el poder para resistir y para escapar esté disponible. Podríamos llamarle a esto providencia a la medida: Cada tentación está diseñada para las medidas personales de cada hombre.

No es necesario que la providencia especial sea milagrosa

Aunque Dios, como *Yahvéh Yir'eh* que es, ha intervenido a menudo de un modo milagroso, su mano providencial no se limita a los milagros. Él puede actuar y de hecho actúa por medio de las leyes de la naturaleza que Él mismo estipuló, para cerciorarse de que Sus santos reciban lo que necesitan y sean privados de lo que no necesitan.

No era necesario un milagro para que un

carnero se trabara en un zarzal. Hasta donde el Eunuco sabía, fue un suceso completamente natural que Felipe se acercara a su carro. No hubo milagro alguno en el uso que hizo el Señor del sobrino de Pablo para librarlo de asesinato. No es necesario suponer que hubo un milagro en relación con el aguijón de Pablo en su carne. Dios no necesariamente tuvo que hacer un milagro para responder la oración que hizo Elías pidiendo lluvia.

La oración que Salomón hizo pidiendo sabiduría fue respondida milagrosamente, sin embargo, hoy día la sabiduría que se pide en oración se concede por medio de leyes naturales (Santiago 1.5-7). Aunque fue por medio de un milagro que Pedro fue liberado de la prisión, no lo fue de este modo Juan cuando fue liberado del exilio impuesto por Domiciano, por permiso del emperador Nerva en el 96 d. C. El hecho de que los milagros bíblicos hayan cesado no debería hacer que el cristiano pierda la esperanza de recibir la providencia especial de Dios.

El más grande ejemplo de providencia especial

El ejemplo primordial de providencia especial es el hecho de que Dios ofreció a Jesús como el que llevaría nuestros pecados. Así como *Yahvéh*

MALAK YAHVÉH: «EL ÁNGEL DEL SEÑOR»

Es extraña la referencia a Dios que aparece en Génesis 16.7: *Malak Yahvéh*, «el ángel del SEÑOR» (NASB). Aparentemente, al mismo ángel también se le llama *Malak 'Elohim* (Jueces 6.20-21).

No es Deidad. Algunos equiparan el ángel del Señor con Dios mismo y con Jesús. De hecho, a este ángel se le llama «un Dios» (Génesis 16.7, 13); pero, en vista de que los ángeles son los ministros de Dios (Apocalipsis 22.8-9), no son Dios, la designación de este ángel como Dios debe serlo en un sentido especial. En vista de que Dios dijo del ángel: «[...] mi nombre está en él» (Éxodo 23.20-21), puede ser que por conveniencia se pudo hablar de él como Dios porque era representante personal de Dios. Como representante personal de Dios que era, el verlo a él se consideraba igual a ver a Dios (Génesis 32.24, 30; Oseas 12.4; Jueces 6.22-23). Este ángel podía, sin presunción, hablar como si fuera Dios (Génesis 16.10; 22.12). No obstante, él no pasaba de ser representante de Dios; no era Dios en realidad. En lugar de ser Dios, era propiedad de Dios, mensajero de Dios, quien hizo diferencia entre Él mismo y el ángel del Señor al afirmar que Él mismo no acompañaría a Israel, sino que sería Su ángel quien lo haría (Éxodo 33.2-3; vea Jueces 2.1). Además, el ángel del Señor rehusó ser adorado (Jueces 13.16), lo cual no podía ser así si fuera Dios mismo, o si fuera Jesús antes de encarnarse.

Un ángel especial. El ángel del Señor, al no ser Dios, debe de ser un ángel especial. Fue especial al llevar el nombre de Dios en él, y al ser representante especial de Dios (Éxodo 23.21). Bien podría ser Gabriel, un ángel que está en pie ante la presencia de Dios (Lucas 1.19) y que fue honrado con llevar las nuevas a María en el sentido de que ella llegaría a ser la madre de Jesús. Por otro lado, el ángel de Dios podría ser Miguel, el que es designado como principal y gran príncipe (Daniel 10.13; 12.1), incluso un arcángel (Judas 9). Puede que su voz se oiga cuando Cristo aparezca en los cielos (vea 1^{era} Tesalonicenses 4.16).

Descripción de la Deidad. La frase «el ángel del Señor» describe la Deidad al mostrar que Dios envió un representante personal con autoridad para hablar en nombre de Dios. Esta descripción de la Deidad refleja, por lo tanto, el interés personal de Dios en el hombre.

Yir'eh proveyó un carnero cuando Abraham tuvo desesperante necesidad de él, también *Yahvéh Yir'eh* proveyó el Cordero de Dios de un modo especial cuando toda la humanidad ha tenido desesperante necesidad de él. Así como Abraham tuvo que apropiarse el carnero para hacer uso de él, también debe ser apropiado el indescriptible don providencial de Dios para que puedan llegar el perdón y el gozo a las almas pecadoras.

La providencia general de Dios para toda la humanidad no elimina el cuidado especial que Él tiene de Sus hijos. Les da a cada uno lo necesario, sea dulce o amargo. El hecho de haber pasado la era de los milagros no impide que el todopoderoso y bondadosamente dispuesto *Yahvéh Yir'eh* vele por las necesidades y la felicidad de Sus hijos.

YAHVÉH NISSI:

«EL SEÑOR ES MI ESTANDARTE»

La vara o cayado que el pastor Moisés portaba cuando cuidaba las ovejas de Jetro llegó a ser bastante famosa. Cuando Moisés la echó en tierra, el poder de Dios la transformó en serpiente (Éxodo 4.3). Se volvió vara otra vez cuando la tomó del suelo. Este milagroso poder había de convencer a los hebreos de que Dios verdaderamente se había aparecido a Moisés. Cuando el milagro se llevó a cabo, el pueblo creyó, se inclinó y adoró.

Aparentemente, la misma vara fue usada milagrosamente en un intento frustrado por convencer a Faraón de someterse a Dios (Éxodo 7.10). Asimismo, fue usada como instrumento por el cual Dios —por medio de Moisés y de Aarón— convirtió el agua en sangre, hizo que se multiplicaran las ranas, convirtió el polvo en piojos (o pulgas), envió truenos y granizo e hizo que el fuego se extendiera por la tierra, y produjo una plaga de langostas (Éxodo 7.15—10.13).

Es probable que también cumpliera alguna función en el anuncio de los tres días de tinieblas. Cuando Moisés levantó su vara y extendió su mano sobre el Mar Rojo, este se dividió. Es evidente que el mismo procedimiento se usó para cerrarlo. Luego, cuando iban por el desierto, el pueblo sediento fue saciado al salir muchas aguas de una peña que había sido golpeada con la vara de Moisés (Números 20.11).

Cuando los israelitas estaban siendo atacados, siempre y cuando Moisés mantuviera su vara en alto, el pueblo de Dios ganaba la batalla. Cuando las manos de Moisés se cansaban y él las bajaba para descansar, el enemigo prevalecía. La victoria para el pueblo de Dios se produjo por medio de la ayuda de Aarón y de Hur. Estando Moisés sentado,

estos se pusieron a uno y otro lado de Moisés y sostuvieron sus manos en alto hasta que se puso el sol. Para conmemorar la victoria que el Señor dio a Israel, Moisés erigió un altar y lo llamó *Yahvéh Nissi*, «El Señor es mi estandarte» (Éxodo 17.15). A esta vara que había sido tan útil para otros propósitos, Moisés la llamaba ahora *nes*—estandarte, pendón o insignia. De este modo Moisés declaró que los israelitas no habían ganado la batalla por su propia fuerza, sino porque Dios les había dado el triunfo.

El triunfo sobre el pecado es asimismo el que presenta la ilustración de un *nes*, de un estandarte. Vendría un día cuando, según la profecía, sería buscada por las naciones «la raíz de Isaí, la cual [estaría] puesta por pendón a los pueblos» (Isaías 11.10). Dios pondría a Cristo como estandarte alrededor del cual se reunirían las naciones e Israel (Isaías 11.12). Un *nes*, un asta sobre el cual se puso una serpiente de bronce en el desierto, llegó a ser tipo de la cruz en la cual Cristo fue clavado (Números 21.8–9; Juan 3.14). El Salvador habló de un *nes* (voz que procede de *nasas*, que significa «levantar, exaltar, elevar») en la forma de una cruz cuando dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32). Muchísimo más significativa que la victoria sobre los Amalecitas es la victoria de Jesús sobre el pecado y el sepulcro. Él, también, es *Yahvéh Nissi* «el Señor [...] mi estandarte».

YAHVÉH SHALOM:

«EL SEÑOR ES PAZ»

Cuando Gedeón se percató de que había visto al ángel de Dios cara a cara (Jueces 6.22), tuvo miedo de morir. Después que el Señor le perdonó la vida, diciendo: «Paz a ti; no tengas temor, no morirás», el agradecido Gedeón edificó un altar y lo llamó *Yahvéh Shalom*, «el SEÑOR es Paz» (Jueces 6.24).

Con el fin de que nosotros, como pecadores que somos, no tuviéramos que morir en nuestros pecados, el Señor que es Paz, envió al Príncipe de Paz a hacer la paz por la sangre de Su cruz. Además, *Yahvéh Shalom*, como Dios de Paz que es, resucitó de entre los muertos al Señor Jesús para que nosotros pudiéramos ser hechos perfectos en todo para hacer Su voluntad.

YAHVÉH TSEBA'OTH:

«EL SEÑOR DE LOS EJÉRCITOS»

La expresión *Yahvéh Tseba'oth*, «el Señor de los Ejércitos», representa las multitudes de cosas de la naturaleza, los ejércitos de hombres y los millares

de ángeles al mando de Dios. El ilimitado poder a disposición de Dios es representado por las enormes cantidades que están dispuestas a obedecer Sus órdenes. Esta es la imagen que se describe por la frase que usó David cuando llamó a Goliat: «Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado» (1º Samuel 17.45; NASB). Este mismo Dios es el que tiene señorío sobre el Sol, la Luna y las estrellas —«y todo el ejército del cielo» (Deuteronomio 4.19; Salmos 33.6). Es alabado y servido por innumerables ángeles (Génesis 32.1–2; Salmos 103.20–21; 148.2; Apocalipsis 5.11).

En el Nuevo Testamento, la primera de dos ocurrencias de la palabra *Tseba'oth* se encuentra en Romanos 9.29, donde se escribe como «Sabaoth». Pablo habló del «Señor de Sabaoth» al citar de Isaías 1.9, donde se lee «SEÑOR de los ejércitos».⁵ La frase es una descripción del Dios de los ejércitos, el Señor de recursos ilimitados. Él pudo, según indica el contexto, librar a un remanente de israelitas de la destrucción, y pudo hacer que los gentiles llegaran a ser Su pueblo. No hubo y no hay restricción impuesta sobre el Señor.

La segunda ocurrencia neotestamentaria de la frase veterotestamentaria *Yahvéh Tseba'oth* se encuentra en Santiago 5.4, donde nuevamente se traduce por «el Señor de Sabaoth».⁶ Allí leemos que el Dios de los ejércitos, de ilimitados recursos, se cercioraría de que las prácticas laborales injustas fueran corregidas.

YAHVÉH TSIDQENU:

«EL SEÑOR QUE ES NUESTRA JUSTICIA»

Cuando uno está dispuesto a apoyarse totalmente en Jesús como justicia, entonces estará dispuesto a alabar a Dios de conformidad con la exclamación profética que dice: *Yahvéh Tsidquenu*, «el Señor que es nuestra justicia», que se encuentra en Jeremías 23.6: «En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con

el cual le llamarán: el Señor que es nuestra justicia». Para hacer esto, uno debe dejar de confiar en su propia justicia (vea Tito 3.5), sabiendo que no es sino trapo de inmundicia (Isaías 64.6). Para la persona salva, Jesús ha llegado a ser «hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1ª Corintios 1.30), con el fin de que el que se gloria, se gloríe en el Señor. Jesús se convirtió en el que lleva nuestros pecados: Cuando Él estaba en la cruz, Dios lo hizo pecado, aunque no conoció pecado, con el fin de que nosotros pudiésemos ser declarados justos (2ª Corintios 5.21). Cuando Él se convirtió en «expiación por el pecado» (Isaías 53.10) en el Calvario, Dios cargó sobre Jesús «el pecado de todos nosotros» (Isaías 53.6). La profecía de Jeremías acerca de Jesús como «el Señor que es nuestra justicia» halló vívido cumplimiento en la forma como Pablo se dio cuenta de la incomparable justicia de Jesús:

[...] Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Filipenses 3.8–9).

¹ N. del T.: También hay variaciones entre las traducciones al castellano.

² N. del T.: Esta es la palabra que usa la RV como nombre de Dios.

³ En la RV se lee: «Jehová Dios»

⁴ La primera mención que se hace de alguien que pronuncia el nombre «Yahvéh» es de Eva (Génesis 4.1). Lo pronunciaron en los tiempos de Set los hombres en general (Génesis 4.26). Entre otros que se mencionaron usando el nombre, estuvieron Abram (Génesis 15.2), su siervo (Génesis 24.12), Labán y Betuel (Génesis 24.50), Abimelec (Génesis 26.28), Jacob (Génesis 28.16) y Raquel (Génesis 30.24).

⁵ N. del T.: Estas citas corresponden a la NASB, la versión de la Biblia que usa el autor de estos estudios. En la RV se lee «Señor de los ejércitos».

⁶ N. del T.: Como ya se explicó, esta es una cita de la NASB.